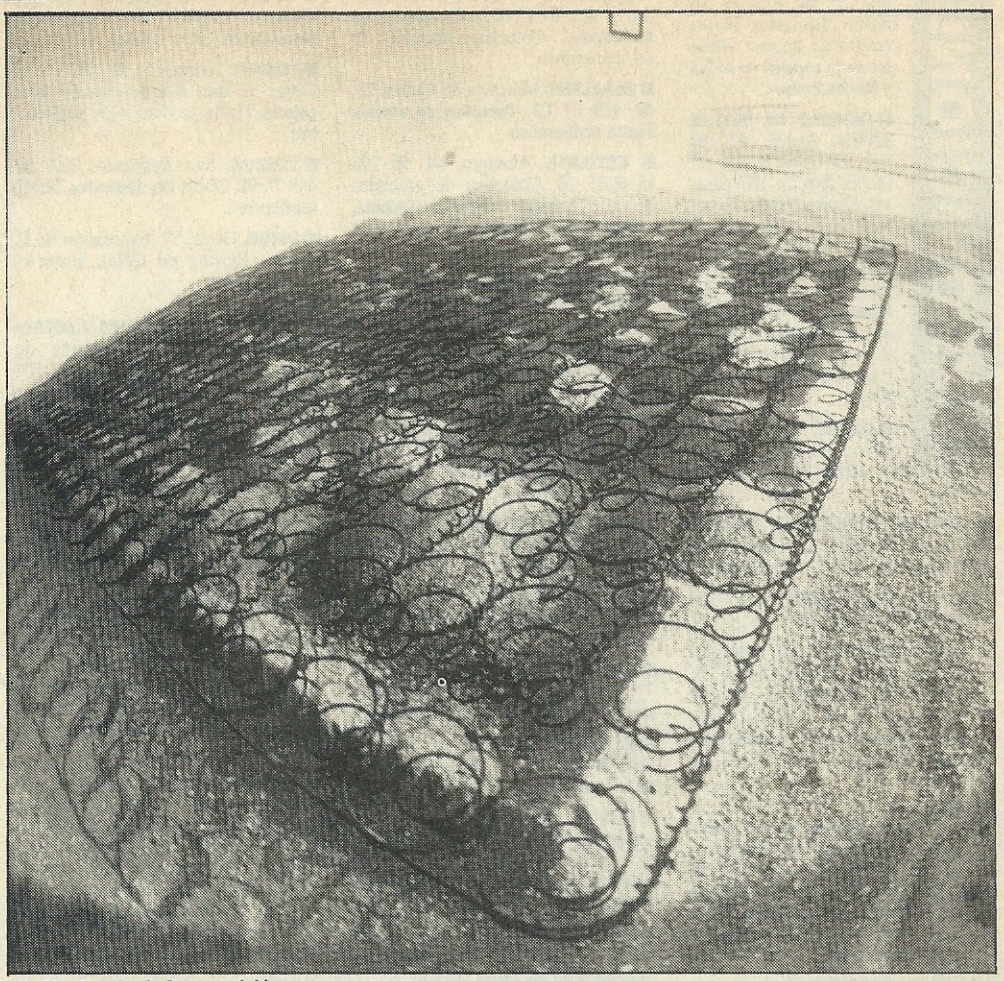
EL MUNDO AGOSTO/~~JULIO~~ 1990

«VACACIONES EN LA ARENA». / *Instalación colectiva de once artistas. Galería Emilio Navarro (Calle del General Arrando, 5). Hasta el mes de septiembre.*



● **Un detalle de la exposición.** / JUAN LUIS JAEN

● GUIA
Galerías Pág. 64
Exposiciones Pág. 64
Museos Pág. 64

El museo de arena

Un espacio lúdico para el verano

M.R. BARNATAN

Hace bastantes años, Jorge Luis Borges inventó, en uno de sus cuentos fantásticos, un prodigioso libro de arena: era un volumen en octavo, encuadernado en tela, con pie de imprenta en Bombay y pobre tipografía, pero con una característica única: como la arena ese libro era infinito, no tenía ni principio ni fin.

Ahora un numeroso, que no infinito, grupo de artistas ha montado para el verano un efímero museo de arena en el hospitalario semisótano madrileño en el que Emilio Navarro tiene instalada su galería de arte. Para lograr propósito tan singular ha transportado personalmente quinientos sacos de arena, que debidamente vaciados por el suelo crean la ficción de una playa subterránea, de una cueva de arena en la que se levanta este original templo al infinito.

El conjunto es sorprendente y agradable, incluso para los poco devotos de este tipo de «instalaciones» colectivas

Sus autores son once artistas de la casa, que sospecho han disfrutado bastante en la empresa, y aunque en la invitación al *martini* inaugural sólo se daba los nombres de pila de los que habían dejado sus huellas en la arena, una simpática señorita me ha confiado la identidad completa de los artistas.

Son Alfonso D'Ors, Alfredo Sada, Anibal Merlo, Carlos Roig, Javier Abad, José Joven, José Luis Martín, Luis Fega, Miguel Angel Molina, Rafael Satrústegi y Xose Artiaga.

El conjunto es sorprendente, e incluso agradable para los poco devotos de las instalaciones, y la presencia de tanta arena y un poco de agua es un refresco para las tórridas tardes que sufrimos. Y refresca también la imaginación desarrollada por artistas que se enfrentaron al reto de llenar ese espacio con elementos que en casi todos los casos no son los que habitualmente utilizan para sus obras *de invierno*.

Tablas de planchar que simulan columpios, peces que nadan en medio de una mesa sagrada, un altar de madera y hierro, una montaña de ramas, los oxidados restos de un naufragio, una fila de cajas que custodian el agua como si fuera oro, la arena pura roturada en espiral por una pata de silla, o las huella de un cuerpo sobre una toalla, son algunos de los elementos que se han coaligado para crear un espacio mágico y lúdico, al que los espectadores contribuimos dejando las pisadas en la alfombra de arena.

La autoría de las piezas está apenas insinuada por un papelito mínimo, lo que hace que el conjunto se articule en un fértil anonimato. Preferimos saber que once justos han constituido con un fervor indostánico este museo de arena, que podría tener por lema «Si el arte es infinito estamos en cualquier punto del arte».